

GENTE DE SU TIEMPO

LUIS H. DEBAYLE Y
JUAN JOSE MARTINEZ

Debayle y Martínez, dos eminencias en el campo de la cirugía en Nicaragua, se dividen el país: Juan José Martínez impera en el Oriente, Luis Debayle en el Occidente; y uno y otro, indistintamente, en el corazón de los que saben apreciar el bien de su país.

Los dos jóvenes aún, los dos inteligentes, ambos apasionados a su profesión. Además de la ciencia profunda que poseen, la naturaleza los ha dotado con holgura de otras cualidades esenciales al oficio, que el estudio y práctica perfeccionan, pero que sólo aquella dadas como la mirada rápida y penetrante, prontitud en el obrar, valor, mano firme y segura, etc., etc.

Para llegar a la altura donde el aura popular los ha colocado, necesarios son hechos culminantes que vengan a marcar los escalones de la ascensión, y uno y otro pueden exhibirlos numerosos para acreditar sus méritos.

Cada cual de ellos tiene a su mano una casa de salud, que vienen a ser como pequeños hospitales que encierran cuando la ciencia moderna requiere para operaciones, y donde se prodigan al enfermo los más exquisitos cuidados. Si en todos tiempos la higiene ha merecido de la medicina y cirugía las más serias consideraciones verdaderamente maravillosas; y Debayle y Martínez offician en sus altares con la fe ciega del creyente. No hay operación quirúrgica, por delicada que sea, que ahora no pueda practicarse en esos templos de la ciencia. Hace poco era preciso salir del país para lograr operaciones aún de menor importancia; hoy, gracias a esos dos benéficos factores de la humanidad, el enfermo tiene el remedio a la mano, sin el sacrificio de la ausencia, que ya eso sólo constituía para el desgraciado y la familia, el adiós anticipado de la muerte.

Y no se crea que tales establecimientos están fuera del alcance del pobre, porque es distintivo del verdadero mérito esa noble sensibilidad del corazón que engendra la caridad, y la poseen en alto grado esas dos grandes y simpáticas figuras de que nos ocupamos.

Se ve en uno de los salones de la casa de salud de León el retrato del Presidente de la República, General don Santos Zelaya, sin duda como una muestra de gratitud por la protección que dispensa al establecimiento este elevado funcionario. La casa de salud de Granada, se levantado al sólo esfuerzo de su fundador el doctor Martínez, sin que esto quiera decir que el gobierno le negaría en su caso su alta protección.

Desde luego reconocemos en la facultad médica de

Nicaragua, ya que la Medicina y Cirugía entre nosotros son comunes, cirujanos de mérito igual al de los dos de que venimos ocupándonos, como lo acreditan multitud de delicadas operaciones que registran de aquellos los diarios del país; pero no tienen a su disposición todos los medios científicos de que disponen los otros, y he ahí la ventaja y el motivo de su preponderancia.

Son ellos, pues, los que representan en esta tierra, y a justo título, el progreso científico, verdaderamente grande, que hemos alcanzado sobre esta materia. Son ellos los que llevan muy alto muy ufanos el estandarte de tan notables mejoras, y para ellos, en consecuencia, la gloria y las bendiciones, en general, de esta pequeña porción de la humanidad doliente, justo tributo a sus méritos y a sus beneficios.

Y de ese sentimiento general, aureola de su fama, son estas líneas una expresión particular de esas simpatías que subyugan y que sólo impone el verdadero mérito en cualquiera de sus manifestaciones.

Rivas, junio 6 de 1906.

GONZALO ESPINOZA

El cable nos trae hoy de N. York la tristísima noticia de la muerte de don Gonzalo Espinosa, acaecida en este mismo día a las 6 a. m., de regreso ya este ca ballero de Europa para su país.

Mas bien que negocios, llevaronlo allá necesidades de su organismo. Inclinado por temperamento, acompañado, además, por crueles desgracias en la vida, a no ver jamás en ella colores de rosa, deslizábanse sus días sin brillo, sin esas expansiones naturales y convenientes en la sociedad, que son para unos, expresión de contento, y para otros, sacudimientos de pesares, buscando él por otro rumbo, en el trabajo, las distracciones de su espíritu. Solo que, algunas veces, se sentía impulsado por el irresistible deseo de viajar, como si su ánimo fatigado experimentara, sin darse cuenta de ello, necesidad de otros aires, otro escenario, otras impresiones; y con medios de realizar su aspiración, solía ir a Europa; viajes de placer, de provecho, de vigor, de vida, para él; pero en esta vez, fue la muerte la que encontró en su camino.

Era el extinto de elevada inteligencia, insigne privilegio acordado por la naturaleza a toda una familia, la de Selva, a la cual pertenecía, por la madre; de carácter suave, sencillo en sus costumbres, metódico, exacto en todos los actos de su vida, como un cronómetro, callado, reconcentrado siempre en sí mismo, sin hacer jamás ostentaciones de su inteligencia superior, cultivada por asidua lectura, buen hijo, cariñoso hermano, amigo sincero.

Descendía de las primeras familias de Granada, y constituía la suya, su padre don Narciso Espinosa, de grande significación política en el partido conservador; doña Justa Selva, su madre, mujer de la antigua Roma por su ardiente patriotismo, y cinco hermanos, tres varones y dos mujeres.

La guerra de 54, y sobre todo, la nacional de 55 y 56, tan desastrosa para todo el país, pero principalmente para Granada, asiento del filibusterismo, reducida a última hora a escombros por la barbarie de los invasores, destruyeron toda su fortuna; y entre escombros, como todos los habitantes de la incendiada ciudad, vino a vivir, después, vida muy modesta, durante alcanzada por el afanoso trabajo del padre y de la madre

La muerte arrebató a esta familia el amor y el apoyo del padre, y tocóle entonces a la valerosa madre hacer frente a esta desesperada situación. Aunque muy jóvenes sus hijos Gonzalo y Rodolfo, contribuían, sin embargo, con la pequeña ofrenda de su trabajo, al alivio de las necesidades de la familia, preparándose así, el primero, a tomar el cargo de ella, como en efecto, y muy laudablemente, pudo hacerlo algún tiempo después.

El Gobierno de Guzmán le nombró Subsecretario del Ministerio de Hacienda, a cargo entonces de don Cleto Mayorga, y en el ejercicio de sus funciones, reveló muy buenas dotes de hacendista, que prometían de él un excelente futuro Ministro del ramo; pero no eran de su vocación los cargos públicos, que aceptaba entonces obligado sólo por necesidades materiales, y tan pronto como pudo, dejó su puesto, aceptando el encargo gubernativo de pasar a Demerara a estudiar en los ingenios ingleses de azúcar, el cultivo de la caña, cuya industria se proponía el Gobierno impulsar en el país. Llenó su cometido a entera satisfacción de su comitente, y vióse obligado a su regreso a servir por algún tiempo la Secretaría Privada del Presidente, de la cual se retiró después, deseoso de otros horizontes de negocios, en armonía completa con su carácter emprendedor y logró formar primero, parte con capital, parte mayor con crédito, una compañía comercial, y más tarde otra de cultivo de caña y elaboración de azúcar. Los negocios de comercio, que por algún tiempo fueron bien, declinaron después a causa de la enfermedad endémica del país, sus convulsiones políticas, que nos hacen representar el papel de Sísifo llevando la piedra a la cima de donde rueda incesantemente. Abandonó el comercio y se retiró también de la empresa de caña, y entró a servir como Agente en Granada, de la compañía de navegación, a cargo del señor F. A. Pellas, súbdito italiano que ha hecho de Nicaragua, por el corazón, su segunda patria, en donde tiene esposa, hijos y cuantiosos bienes de fortuna. El agente de Granada fue bien pronto, más que un empleado, un verdadero amigo del señor Pellas, y tendióle éste noblemente su profesora mano, como tan liberalmente lo ha hecho con otros nicaragüenses. Retirado Espinosa temporalmente de la Agencia de Granada, a causa de un puesto diplomático

que hubo de recaer en él, en una misión a Guatemala, a cargo del General Zavala, volvió, llenada la misión, a su antiguo puesto en el cual, sin desprenderse de él, aceptó, y sirvió también, el puesto de Agente intermedio entre el Gobierno de Nicaragua y la Compañía del Canal, que le fue conferido por ésta.

El señor Pellas le dio participación en varios negocios, y lo introdujo de socio fundador en la Compañía azucarera de San Antonio. Entonces fue cuando dejó la Agencia de Granada, y nombrado Gerente en la Compañía de San Antonio, a él tocóle darle la forma, dirección e impulso, que hoy hacen de ese ingenio en Chichigalpa, el primero en la América Central; y así empezó para Espinosa el origen de su fortuna, aumentada después por combinaciones favorables.

Mientras tanto, en el curso de estos acontecimientos tenían lugar en su familia, unas tras otras, desgracias de inmensa magnitud.

Su hermano Rodolfo, esperanza muy brillante para el país, pone fin a sus días, en Bélgica, disparándose una pistola en la sien.

Otro hermano suyo, el menor, muere también en extranjera tierra. Su pobre madre, ya debilitada por la edad, no resiste al dolor de la pérdida de sus hijos, y sucumbe igualmente; y por último, estalla el almacén de pólvora de Granada, y a su estrépito, se derrumban el cuartel y casas contiguas, y la suya, la de Espinosa, al caer aplasta a su hermana Amelia y otra jovencita, parienta inmediata, salvándose por milagro su hermana Josefina.

De su casa, de su familia íntima, de tantos seres queridos que formaban su dulce hogar, no le queda más que esa reliquia salvada en el naufragio de la desgracia, y en la hermana única concentró desde luego con su cariño de los queridos seres perdidos, y consagróle toda su existencia a ella, a ella sola, víctima de un destino airado, procurando suavizar con ternura, sin hacer caso de las propias, las profundas heridas del corazón.

Por eso es ella, la señorita Espinosa, la que absorbe entero el interés general en este cuadro cruel de dolor.

Hay, sin duda, en las ramificaciones de la familia otros corazones que le lloran, lágrimas de amigos también, entre las cuales están las mías, que le quise con cariño de hermano; pero ¿qué vale todo esto ante el inmenso dolor de la hermana?

No tiene, en esta vez, consuelo humano su desventura; pero válgale su grande piedad religiosa, y con las consoladoras promesas del Cristo, que susurran en los oídos de los que sufren, "Bienaventurados los que lloran", pueda su ardiente fe derramar el bálsamo divino sobre su corazón destrozado.

Rivas, febrero 8 de 1908.

MANUEL CORONEL MATUS

En medio de las alegrías de un triunfo, tras de larga noche borrascosa, ansiosamente esperado, viene para algunos aquí, deudos y amigos del Dr. Matus, el dolor, como entre flores el aguijón de la abeja.

A fines de esta epopeya gloriosa, que se llamó revolución de Bluefields, precisamente en la aurora del mismo día de la libertad, cae muerto, herido por sus propias manos, el Dr. Matus, en el momento, según se refiere de reducirlo en Managua a prisión preventiva, por acontecimientos del momento.— La cárcel; dice que se dijo, es la muerte por la asfixia, porque mi pecho enfermo, que necesita mucho aire libre, y ante la angustiada y fatal situación que se me espera, prefiero acabar de una vez, y poniéndose su revólver a la boca, disparó"

Pertenecía el Dr. Matus a buena familia conservadora de Masaya, pero pobre; más había en él algo que se elevaba, apesar del abrumador peso de la pobreza. Hizo sus primeros estudios en el colegio de Granada, luego, no se cómo, aparece en Guatemala, en donde siguiendo la carrera de las leyes, bajo el magisterio del Dr. Montufar, se hizo abogado; pero con las lecciones sobre el espíritu de las leyes, el sabio profesor infiltró en su discípulo predilecto, con las ideas liberales del maestro, de un oro muy mezclado de cobre, extrañas apreciaciones relativas a los hombres que en la actualidad informan el partido conservador de C. A., ideas abstractas, de otros siglos, aplicadas a las generaciones actuales, crónicas de antaño, quien sabe si verdaderas, pero de todas maneras, muy lejos ya de estas épocas; ideas que por desgracia forman escuela en la América Central.

Y así, precedido de alta reputación como abogado y como escritor, volvió al país el Dr. Matus en ocasión de los acontecimientos que en mala hora elevaron al poder a Zelaya, y engañado, como tantos, por el lobo con piel de cordero, abrazó con buena fé y mejor voluntad, su causa; pero distinguiéndose, entre los muchos, en que no obstante la ocasión tantas veces en sus manos, no le tentó jamás la codicia, y vivió pobre hasta su muerte.

Factor importante muchas veces en los acontecimientos políticos de ese período de Zelaya, pudo desde luego, equivocarse poco o mucho en las apreciaciones de las cosas y de los hombres; pudo después como periodista, en esas luchas diarias del momento, causar esas heridas de amor propio, que jamás se olvidan; pero lo que es su probidad, en esos tiempos en que periclitaban las reputaciones mejor sentadas, será ella siempre timbre de honor y herencia preciosa para su familia.

Fue el Dr. Matus mi amigo, y esposo de doña Blanca Urtecho, mi sobrina, era también mi deudo, y como deudo y amigo yo no tengo sino lágrimas que ofrecer a su memoria.

Tuvo otros títulos indisputables a la consideración general, y fueron los del talento y los de escritor, y por ellos su muerte es duelo para nuestras letras.

Vaya el mío particular a confundirse en Granada con el de su esposa y familia.

Rivas, 2 de Septiembre de 1910.

ENRIQUE GUZMAN

Podría decirse de él lo que la Princesa Palatina decía del Duque de Orleans, su hijo: todas las Gracias estuvieron presentes a su nacimiento, menos una; y esa que faltó fue precisamente la que emponzoñó su vida.

Era el primogénito de una familia distinguida, sumamente popular en Granada, y llevó de preferencia entre sus hermanos, por una conducta que yo condeno en los padres, el cariño de ellos, cariño que trascendió también a la sociedad, y que más adelante, él supo mantener por sí mismo.

Era muy bien parecido, de carácter dulce, simpático en extremo, talento de primer orden, y escritor notabilísimo por su sencillez, claridad, precisión, naturalidad y gracia en el decir. Poseía, sobre todo, esa DIFÍCIL FACILIDAD que raramente se alcanza en literatura.

Y así, con tan altas dotes, hizo su entrada al mundo, gallardo caballero sobre brioso corcel, aclamado por las simpatías generales y como Espronceda todo soñaba ser, ya trovador, al pie del gótico castillo de cautiva dama, ya el patriota, el héroe popular, el guerrero, el hombre de estado etc.; que todo se bulle en la cabeza cuando se empieza la vida, y se tiene en el cerebro algo que impulsa a las grandes acciones.

Por desgracia, como el Fígaro español, tenía marcada propensión a la crítica, en cuyo campo sólo se siega el rencor de los heridos en el amor propio, que más curan de sus llagas, y así de uno en uno se vino acarreado muchos enemigos que debían amargarle la vida; todo obra de la Hada que escurrió el bulto allá en aquella ocasión del nacimiento, negándole así la discreción.

Sucede con frecuencia una cosa extraña en estos críticos y es que prodigan ellos las heridas del corazón, y sin embargo, no soportan el menor arañazo que se les infiera, y de esta manera Enrique recogía entre las muchas flores del aplauso, espinas que lo lastimaban, pensando con frecuencia él más en estos pinchazos desperdigados, que en el perfume de las dichas flores; cosas que, cojijosos como son de suyo los críticos, debían tener presente siempre al lanzar sus saetas aceradas.

Obra exclusiva propia fue la redacción del manifiesto del Presidente Guzmán, su padre, al ascender a la Presidencia de la República. Ni por su forma, ni por su fondo, nada deja que desear ese notable documento público, y tiene alcances políticos que hacían prome-

ter en él un brillante hombre de Estado. Ese manifiesto le valió a Guzmán el desarme y rendimiento del poderoso partido conservador que había combatido su candidatura. Esas son las grandes gloriosas victorias de la política.

Y tuvo este Presidente, el más avanzado de nuestros hombres de Estado, esta otra no menos gloriosa, en la guerra que Jerez y Martínez, le promovieron, y fue que el día siguiente del tratado de rendición de los revolucionarios en Pueblo Nuevo, no hubo para el Gobierno ni vencedores ni vencidos, lo que hizo una paz estable, sin rencillas.

Algo de esto hubiera querido yo al triunfo de la gloriosa revolución contra Zelaya. Vencedores y vencidos darse un abrazo de hermanos, enjugando así las profundas heridas de la patria.

Si sólo ese manifiesto hubiera escrito Enrique en su vida, eso sólo hubiera bastado a su fama; pero escribió mucho en todos los periódicos de Centro América, siempre con el aplauso general.

No faltará algún amigo de las letras que recoja todos sus escritos y los diera de nuevo a luz en forma de folleto, como modelo de la literatura patria para la juventud. Yo lo haría con mucho placer; pero ya mis años me inclinan hacia el eterno descanso.

Dos heridas que lo puieron en mucho peligro, llevaba Enrique en su cuerpo.—La una en la pierna, que lo dejó para siempre cojo, era para él un timbre de gloria— no la había recibido en el campo de batalla luchando por la libertad de la patria; pero valía tanto como eso, la había recibido volviendo por el honor de su madre, infamemente manchado. Era por entonces Enrique Diputado de la Asamblea Legislativa, e instigado por alguno, el actor de su herida lo acusó al Congreso. Los conservadores que había en este cuerpo, encabezados por don Anselmo Rivas, se empeñaron en condenarlo; pero también tenía defensores. Uno de ellos, el Dr. don José Francisco Aguilar, me parece, tuvo en tal ocasión feliz inspiración del corazón, y apostrofando con ardor a sus contrarios les dijo: "Hay alguno entre vosotros que en tales circunstancias no volviera airado por el honor pisoteado de una madre querida? Yo respondo que no, porque el tal sería un hijo desnaturalizado, y vosotros todos sois caballeros, cuyas virtudes acreditan vuestros mismos nombramientos de Representantes del pueblo", etc., etc. Sólo el apóstrofe fue una victoria, porque en su virtud se alzó la naturaleza contra la pasión y triunfó el sentimiento.

Es preciso decir, y me apresuro a manifestarlo, que Enrique era por entonces opositor a la Administración de don Pedro Joaquín Chamorro, contra la cual conspiraba abiertamente, lo mismo que lo hizo contra los gobiernos de Cuadra y Cárdenas; y fue mal conspirador, por cierto, hombre creído, sin pizca de malicia, y sin el necesario conocimiento de los hombres; el mismo defecto que criticaba él en Jerez. Y además, no tenía domi-

nio sobre sí para saber ocultar sus procedimientos, y cualquiera adivinaba que pasaba algo, en tales casos, por aquella cabeza calenturienta, ya por la inquietud de su ánimo, como por la precipitación con que ejecutaba sus actos, siendo él por naturaleza más perezoso que activo. Después, en sus años mayores, abjuró, como el Dr. Núñez en Colombia, de sus veleidades liberalescas; y fue firme en su nuevo credo político hasta su muerte. Y nótese bien, los mismos hombres que en el Congreso se empeñaron por condenarlo, fueron después sus mejores amigos, de lo cual se desprende una gran enseñanza para la juventud y es que no deben tomarse muy a pecho las cuestiones personales políticas, porque los enemigos de hoy, serán quizá los amigos de mañana.

La otra herida de que hablaba, la recibió en Costa Rica, en donde emigrado junto con Pedro Ortiz, nicaragüense, brillante escritor también, culto, simpático y querido de cuantos le trataban. Como medio de vida conforme a sus inclinaciones, habían fundado un periódico, y la inserción en él de un artículo tomado de otro periódico, que hería la reputación de un costarricense, ocasionó la lamentable muerte de Ortiz, legítima esperanza de la patria, y la herida de Enrique, por el pulmón—; achaques de esa otra caballería, aunque desgenerada, que en el día ha venido a sustituir la que el Manco de Lepanto derribó antaño al bote de su lanza.

Enrique vivió muchos años en el destierro. Cuando TROVADOR, en el principio de su vida, su familia creyó oportuno tenerlo alejado de estos fecundos campos de aventuras y lo mantuvo en Guatemala. Después, hombre político ya, cuando liberal, lo alejaron de la patria los conservadores, y cuando conservador, lo desteraron los liberales.

¡Qué temperamento el suyo! Casi siempre vivió en una atmósfera de violentas tempestades. De todo probó en la vida, con amargo sabor, muchas veces; pero su verdadera inclinación fue la de escritor, y de este punto hay que considerarlo para apreciarlo bien en la vida. Los demás son simples accidentes que forman su carácter, intereses, sin embargo, para su pleno conocimiento. Es en el campo de las letras en el que adquirió su brillante fama, no disputada ni por sus enemigos; fama que anheloso buscaba él equivocado por distintos rumbos.

¡Ah! Su pérdida nunca será bastante sentida para las letras patrias. Muere a los 68 años de edad, tres menos de los que cuenta el que escribe estas líneas, su amigo, más que amigo, hermano, que con ese tierno afecto nos quisimos desde muy jóvenes.

Triste de mí que no me fue dado verle en su lecho de muerte, postrado como he estado por larga enfermedad; pero al término natural ya de mi jornada, yo también, viajero a la eternidad, iré pronto en pos suya.

Entre tanto, uno mi dolor al intenso dolor de toda su familia.

Rivas, mayo 24 de 1911.